

“Yo, el necesitado”. Cristóbal del Castillo y sus *Historias*

María Inés Aldao
ILH – UBA

A quien no se sumerge de lleno en el análisis de la literatura del período colonial, sus crónicas podrían resultarle similares por sus temas, el estilo, el posicionamiento de los autores respecto de la evangelización y la conquista, entre otras cuestiones. Sin embargo, para quienes nos dedicamos al estudio de las *crónicas mestizas*¹ es un desafío permanente la dilucidación de sus muchas diferencias, sus rasgos característicos, su postura ideológica y sus construcciones enunciativas.

Un caso paradigmático lo constituye Cristóbal del Castillo y los dos textos que se le conocen: *Historia de la conquista* (1599) e *Historia de la venida de los mexicanos* (1600),² crónicas escasamente abordadas por los críticos a causa, entre otros motivos que no analizaré aquí, de su carácter fragmentario, pues la totalidad de la obra se ha perdido a lo largo del siglo XIX. De *Historia de la venida de los mexicanos y otros pueblos* se conservan dos fragmentos: uno, referido a los mexicas y su “peregrinación” hacia Tenochtitlán y otro, más breve, alusivo a los texcocanos y otros pueblos (capítulos 1 al 5 y 9). De *Historia de la conquista*, se conocen el “Prólogo del autor” y fragmentos sobre el avance de los españoles y llegada hasta México, la Noche Triste, la caída de México, el arribo de los primeros frailes franciscanos y el calendario prehispánico (capítulos 12, 13,

¹ Sigo a Lienhard, para quien la *crónica mestiza* consiste en un grupo de textos que surgió en América entre su conquista y el siglo XVII y que, casi independientemente del origen étnico de sus autores, reelabora materiales discursivos y/o reales de la historia americana utilizando procedimientos narrativos de tradición heterogénea, es decir, indígena y española. De hecho, puede estar escrita en español o en náhuatl (Lienhard, Martín, “La crónica mestiza en México y en Perú hasta 1620: apuntes para su estudio histórico-literario”, *Revista de crítica literaria latinoamericana*, año IX, n° 17 (1983), pp. 105-115).

² Del Castillo, Cristóbal, *Historia de la venida de los mexicanos y de otros pueblos e Historia de la conquista*. Traducción y estudio introductorio Federico Navarrete Linares, México, Conaculta, 2001. Ambos se conservan en el Fondo de Manuscritos Mexicanos de la Biblioteca Nacional de París.

21, 27, 31, 37, 39, 50, 57, 65, 69, 70, 71, 72 y varios sin número). Acerca de lo mucho que permanece extraviado, sólo podemos realizar conjeturas.

A pesar de esta lamentable amputación de la obra (que nos deja aproximadamente la quinta parte de su total) y lejos de desecharla como fuente debido a esto, creo que se pueden extraer algunas observaciones, si bien parciales, al menos tentativas.

Cristóbal del Castillo (1526?-1604?) es un autor atípico dentro de la cronística del siglo XVI. A diferencia de muchos, en su texto no se adscribe a ninguna etnia ni grupo ni reclama pertenencia alguna, lo cual parecería indicar un origen plebeyo. No se sabe a qué pueblo perteneció,³ pero se supone que no es mexicana.⁴ Probablemente sea un indígena o un mestizo con cultura indígena que habla en nombre de algún pueblo del Valle de México para demostrar el carácter tirano de los mexicas.⁵

Su obra está escrita en náhuatl, lo que parece indicar que el autor buscaba dirigirse a los indígenas pero también a los frailes que los asistían, conocían sus lenguas y se interesaban por su historia.⁶

En *Historia de la venida de los mexicanos*, Del Castillo brinda una descripción detallada del origen de los mexicas, relevando el papel de los pueblos que los acompañaron y presentando una particular visión de la historia de México. Describe cómo vivían los mexicas cuando eran *macehuales* (vasallos) de los gobernantes de Aztlán, quienes les hacían tributar con lo extraído de la pesca.⁷ El autor cuenta cómo dicha tiranía lleva al guía de los mexicas, el guerrero zurdo Huitztilin, a llamar a su “demonio” (*tlacatecolotl*),⁸

³ Para Miguel Pastrana Flores, pertenecía a algún pueblo del área de Texcoco (*Historias de la conquista. Aspectos de la historiografía de tradición náhuatl*, México, UNAM, 2009, p. 255).

⁴ Está indicado, entre otros rasgos, por la constante tercera persona y el impersonal al referirse a dicho pueblo, como si fuese una tradición ajena, en contraste con la enfática primera persona al hablar de los texcocanos.

⁵ Navarrete Linares, Federico, “Estudio preliminar”, en Del Castillo, Cristóbal, *Historia de la venida de los mexicanos y de otros pueblos e Historia de la conquista*. Traducción y estudio introductorio Federico Navarrete Linares, México, Conaculta, 2001, p. 13. Recordemos otras crónicas mestizas en las que el autor se adscribe claramente a un grupo: Tezozómoc, Chimalpahin o Ixtlilxóchitl defienden, respectivamente, las tradiciones mexicana, chalca y acolhua.

⁶ Navarrete Linares, Federico, Ob. Cit., p. 25.

⁷ Del Castillo, Cristóbal, *Historia de la venida de los mexicanos y de otros pueblos e Historia de la conquista*. Traducción y estudio introductorio Federico Navarrete Linares, México, Conaculta, 2001, p. 91. De aquí en adelante, todas las citas pertenecen a esta edición.

⁸ En el contexto novohispano, *tlacatecolotl* significaba “hombre búho” y fue utilizado para expresar el concepto cristiano de diablo. Es probable que Del Castillo lo usara en ese sentido (Pastrana Flores, Miguel, ob. Cit., p. 255).

solicitarle ayuda y ofrecerle, a cambio, la devoción absoluta del pueblo, que incluía, entre otros rituales, sacrificios humanos. La deidad promete llevarlos a otra tierra, lacustre al igual que Aztlán, a cambio de seis condiciones descritas a lo largo de un extenso discurso, que podrían resumirse en la conversión del pueblo, antes pacífico, en guerrero, conquistador y adorador de deidades demoníacas (pp. 93-103).

Del Castillo plantea que los pueblos aledaños a la zona recorrida fueron conquistados por los mexicas de manera injusta, ya que no practicaban la guerra ni los sacrificios. También, narra la despedida de Huitzilópoctli antes de morir a los 52 años de la partida, mediante un interesante discurso directo que tiene por función perpetuar el pacto con *Tlacatecólōtl* y conservar dicha alianza. Finalmente, relata la conversión de Huitzilópoctli en dios: “en verdad ya soy su imagen, ya me hice nuestro dios Tetzauhtōtl” (p. 123) luego de la cual adopta su nombre definitivo, Huitzilopochtli.

A lo largo de esta *Historia*, Del Castillo caracteriza a los mexicas como un pueblo tirano y belicoso, consagrado al canibalismo y a los ritos satánicos. Los distingue de los otros pueblos, llamados vagamente en el texto *pobladores* (texcocanos, coyohuaques, chalcas, tenimes, popolocas, tepanecas, entre otros) que, a diferencia de los mexicas, merecían las tierras. Así, exime de culpa a dichos pueblos dado que el sacrificio y la antropofagia eran rasgos condenados por el catolicismo y sus representantes en México. Del Castillo narra la historia de los mexicas no para identificarse con ellos, sino para dar una versión condenatoria de ella que favorezca a otros pueblos.⁹ Esta es una diferencia significativa dado que las crónicas mestizas critican o ensalzan a distintos pueblos de México (texcocanos, tlaxcaltecas, mexicas, chalcas, etc.) claramente reconocibles y señalados en cada texto. No debemos olvidar que aquello que leemos en la crónica de Del Castillo es solamente el conjunto de los fragmentos recogidos por los primeros coleccionistas del texto, por lo que la selección de los mismos ha dependido de sus intereses.¹⁰ De todas maneras, el hecho de que León y Gama o Pichardo no hayan relevado

⁹ Navarrete Linares, Federico, ob. Cit., p. 56.

¹⁰ El arqueólogo y coleccionista Antonio de León y Gama (17?-1802) reunió una importante colección de textos sobre historia indígena, entre ellos, los fragmentos de Del Castillo. A su muerte, dicha colección pasó a manos del abate y erudito Antonio Pichardo (1748-1812). Ambos, conocedores del náhuatl, son los autores de las descripciones de la obra completa. Los fragmentos que se conservan son aquellos que les han interesado. A partir de 1812, la colección pasó a los herederos de León y Gama, y de éstos al francés J.M. Aubin, quien trasladó su colección a Francia, aunque no se encontraba en ella el manuscrito de Del Castillo sino la copia incompleta de Pichardo. Luego, esta fue hallada por Francisco del Paso y Troncoso, quien reunió los

información sobre la pertenencia del autor a un pueblo en particular parecería indicar que tales datos nunca fueron incluidos en la obra completa.

Del Castillo insiste en la conversión de un pueblo pacífico en un pueblo demoníaco a raíz de la creencia en los falsos dioses que, extensísimo discurso mediante, obligan a conquistar y asesinar en su nombre. Las similitudes con el libro del Éxodo de la Biblia son claras, aunque aquí los mexicas no habrían sido elegidos por Dios sino por el demonio.

Como se observa en este y en otros rasgos, Del Castillo fue educado en la religión católica.¹¹ Y desde esta visión cristiana de la migración desde Aztlán hacia lo que será Tenochtitlán exonera a sus antepasados, los *pobladores*, de los pecados, atribuidos únicamente a los futuros tenochcas.

Así, ofrece una versión distinta sobre la migración mexica hasta su asentamiento definitivo, haciendo hincapié en la intervención divina en la vida y destino del hombre.¹² Peculiar también debido a la escasez de acontecimientos (aunque descriptos muy minuciosamente) y de fechas (a diferencia de Tezozómoc, Chimalpahin e, incluso, su otra *Historia*), la *Historia de la venida* tiene un carácter ágil, vívido, fluido. Su lectura es sencilla, llevadera y amena.

Más precisa en fechas y lugares que *Historia de la venida*, la *Historia de la conquista* parece haber recurrido a fuentes escritas, indígenas y/o españolas. Esta crónica propone un peculiar sujeto de la enunciación, que se presenta desde el Prólogo de la siguiente forma: “yo soy un necesitado, un pobrecito, le provocho asco a la gente, sólo causo compasión (a los que están) cerca de mi miseria” (p. 131). Navarrete Linares señala la etimología de *nicnotlacatzintli* que, además de “necesitado”, podría significar “huérfano”.¹³ ¿Necesitado de transmitir la tradición de su pueblo, sea cual fuere? ¿Huérfano porque dicho pueblo fue subsumido por los mexicas? ¿O es este un pedido de restitución de algún

fragmentos y los publicó con su respectiva traducción en 1908. Para un desarrollo más preciso y detallado de la accidentada historia del manuscrito, recomiendo el artículo de F. Navarrete Linares, “Las *Historias* de Cristóbal del Castillo”, en Romero Galván, José Rubén (coord.), *Historiografía novohispana de tradición indígena*, vol. I, México, UNAM, 2003, pp. 281-300.

¹¹ La visión de la conquista, del accionar de Hernán Cortés, su relato de la llegada de “los Doce”, el énfasis en la crítica a la ambición de los españoles, entre otras cuestiones, relacionan a Del Castillo con el pensamiento de los frailes cronistas franciscanos (Mendieta, Motolinía, Sahagún).

¹² Según Martínez Marín, es la primera crónica que sitúa a Huitzilópoche como guía del grupo mexica (Martínez Marín, Carlos, “Historiografía de la migración mexica”, *Estudios de cultura náhuatl* 12 (1976), pp. 121-135. Disponible en: <http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/revistas/nahuatl/pdf/ecn12/170.pdf> (Fecha de consulta: 7 de marzo de 2014), p. 127).

¹³ Navarrete Linares, Federico, ob. Cit., p. 131.

derecho que le ha sido negado?¹⁴ Nuevamente, la condición fragmentaria del texto y la oscuridad de la frase sólo nos permite conjeturar al respecto.

El enunciador se construye como un sujeto inexperto en materia escrituraria pero que trabajó arduamente en la recuperación de información de ese pasado. Mediante un recurso típico del género, da muestras de humildad y apela a la indulgencia del lector: “te ruego a ti, lector, que no te rías, que no te burles, que no me juzgues, si sabes algo más en particular, algo que yo no supe bien, que no asenté” (p. 131). Además de esta construcción enunciativa, llama poderosamente la atención su forma casi novelada de contar la historia de la conquista, tanto que, por momentos, parece ficción:

Y cuando llegó la media noche ya nadie hablaba alto. Los *tlamacazque*, los *telenamacaque*, los *mocexiuhzahuaní*¹⁵ estaban vigilando desde lo alto del templo de Huitzilopochtli, y los espías tlaxcaltecas, y también los españoles, acechaban por todas partes, pero nadie hacía ruido. Los guerreros mexicas estaban verdaderamente muy cansados por lo que habían combatido y por cómo los habían atacado los españoles (...).¹⁶ Era media noche exacta y además lloviznaba, caía una lluvia fina. Entonces salieron los españoles. Nadie alzaba la voz, sólo iban llamándose disimuladamente (...) Y primero los vio una mujer. Inmediatamente dio voces y dijo: “¡Mexicas tenochcas! ¡Venid corriendo, apresuraos, porque están saliendo a escondidas vuestros enemigos, están por perderse en la noche!” (p. 143).

En esta descripción de la tensión previa a la Noche Triste notamos, además de la sencillez del párrafo, el manejo del tiempo de la acción.

Por otra parte, encontramos en el texto sintagmas y frases que aparecen constantemente: *la destrucción, la terminación del ser, ya en ninguna parte viven, ya no existen, ya perecieron*. Esta insistencia en lo irrecuperable (seres, memoria, tradición), que es un rasgo de las crónicas mestizas, indica que el objetivo del texto es, precisamente, mantener vivo el recuerdo del pasado: “Y este libro será como si siempre estuviera

¹⁴ Discrepo con algunos críticos que consideran que dicha frase consiste en un acto de falsa modestia, por saberse responsable de una obra que, de haberse conservado en su totalidad, sería enorme en importancia historiográfica.

¹⁵ Sacerdotes que, como penitencia, ayunaban durante todo el año.

¹⁶ Alusión a la matanza del Templo Mayor.

brotando, siempre estuviera germinando, siempre estuviera viviendo, para que en él vean y admiren todas las cosas que no vieron y que nadie aún conoce bien” (p. 129).

En esta crónica se presenta el paso de una etapa a la siguiente; no una mejor que otra sino, y esta es otra peculiaridad del texto, una suerte de regreso a la armonía previa a la erección de los mexicas como pueblo conquistador. Del Castillo evoca a los *pobladores* anónimos y los señala como modelo de una vida en paz, sin deidades nefastas ni tributos sangrientos. La continuación de esta suerte de edad divina estaría propiciada desde la llegada del cristianismo. Más allá del traspaso tormentoso que significó la conquista, para Del Castillo el cristianismo vino a restablecer la paz de aquellos primeros pobladores: “entró la divina luz, el único dios *Dios*, Jesucristo, su verdadera fe, su conocimiento, las divinas palabras de su fe” (p. 129).

En ambas crónicas encontramos dos perspectivas sobre el pasado prehispánico: los antiguos pobladores, pacíficos, adoradores de falsos dioses pero con un culto apacible (este es el pasado que Del Castillo pide recordar) y los mexicas, seguidores de un demonio e iniciadores de la guerra y los sacrificios humanos.¹⁷ El texto señala el fin de los idólatras y tiranos mexicas a partir de la Conquista y la asunción de la religión cristiana. De aquí que la opinión sobre Cortés sea positiva: lo exime de los eventos de la masacre del Templo Mayor, inculpando a Alvarado y a otros españoles ávidos de riquezas, lo describe como un respetado capitán y alaba su accionar durante y luego de la llegada de los doce frailes (p. 137-161). Del Castillo “narró la historia de los mexicas para poder distanciarse de ellos y condenarlos según los valores cristianos del nuevo ambiente cultural de la colonia”.¹⁸ La imagen final de los indios ensimismados en la restauración del convento en México para los frailes franciscanos simboliza la adopción de la fe cristiana y la redención de los “pecados” de sus antepasados mexicas.

De sorprendente sencillez, vívidas escenas y muy lejos de la sensación de parquedad que puede dejar su lectura para quienes no estén habituados a ellas, las *Historias* de Cristóbal del Castillo merecen ser leídas con detenimiento. Estas crónicas no se parecen al común de las otras crónicas mestizas. Como planteé con anterioridad, su autor no se adscribe a ningún grupo y no forma parte de la nobleza indígena. Escribe en la lengua de

¹⁷ Pastrana Flores, Miguel, ob. Cit., p. 256.

¹⁸ Navarrete Linares, Federico, ob. Cit., p. 281.

sus antepasados con fuertes marcas de ser cristiano. Utiliza insistentemente el discurso directo al incluir la voz de las deidades, los indios y los españoles mediante amplias disertaciones. Narra la migración mexicana como el inicio de la más fuerte y demoníaca tiranía y destaca la presencia de los otros pueblos en la historia indígena, aquellos que no suelen aparecer en las crónicas, una suerte de restitución de los *sin voz* o, haciendo uso del conocido término de Portilla, de *visión de los vencidos por los vencidos*.

Para concluir, las crónicas mestizas merecen un abordaje que se distancie del tradicional uso como mera fuente de “información” historiográfica, que se las comprenda como discursos complejos y múltiples en sus tradiciones, en su simbología, en su estilo, que se releven sus muchas diferencias. Desde el canon de la crónica colonial, Del Castillo ha sido considerado un autor menor. Resulta, entonces, más significativa su firma al finalizar el Prólogo de la *Historia de la conquista*: “Yo, el necesitado” (p. 133). Quizás sean, precisamente, sus *Historias* las que necesiten un análisis profundo, teniendo en cuenta pero, al mismo tiempo, superando la complejidad de su condición fragmentaria, sus muchas particularidades y sus diferencias respecto de otras crónicas coloniales.

Bibliografía:

- Añón, Valeria, *La palabra despierta. Tramas de la identidad y usos del pasado en crónicas de la conquista de México*, Buenos Aires, Corregidor, 2012.
- Baudot, Georges, *México y los albores del discurso colonial*, México, Nueva Imagen, 1996.
- Del Castillo, Cristóbal, *Historia de la venida de los mexicanos y de otros pueblos e Historia de la conquista*. Traducción y estudio introductorio Federico Navarrete Linares, México, Conaculta, 2001.
- Gibson, Charles, *Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810*, México, Siglo XXI, 2007.
- Inoue Okubo, Yukitaka, “Crónicas indígenas: una reconsideración sobre la historiografía novohispana temprana”, en Levin Rojo, Danna; Navarrete, Federico (coords.), *Indios, mestizos y españoles. Interculturalidad e historiografía en la Nueva España*, México, UNAM-IIH, 2007, pp. 55-96.

- Lienhard, Martín, “La crónica mestiza en México y en Perú hasta 1620: apuntes para su estudio histórico-literario”, *Revista de crítica literaria latinoamericana*, año IX, n° 17 (1983), pp. 105-115.
- Lockhart, James, *Los nahuas después de la Conquista. Historia social y cultural de los indios del México central, del siglo XVI al XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, 2013.
- Martínez Marín, Carlos, “Historiografía de la migración mexicana”, *Estudios de cultura náhuatl* 12 (1976), pp. 121-135. Disponible en internet: <http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/revistas/nahuatl/pdf/ecn12/170.pdf> (Fecha de consulta: 7 de marzo de 2014)
- Navarrete Linares, Federico, “Las *Historias* de Cristóbal del Castillo”, en Romero Galván, José Rubén (coord.), *Historiografía novohispana de tradición indígena*, vol. I, México, UNAM, 2003, pp. 281-300.
- Pastrana Flores, Miguel, *Historias de la conquista. Aspectos de la historiografía de tradición náhuatl*, México, UNAM, 2009.
- Soustelle, Jacques, *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008.